

REFLEXIONES EN TORNO A LA RELACIÓN ENTRE LOS JÓVENES Y LA POLÍTICA A LA LUZ DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL SECUNDARIO

SALVADOR MATURANA ROGERS*

RESUMEN

La relación entre los jóvenes y la política ha sido un tópico de análisis bastante prolífico luego de la vuelta al sistema democrático. En ese contexto, uno de los hechos de mayor relevancia dice relación con el creciente desinterés que los jóvenes muestran por la política, hecho que ha generado un imaginario social tradicional respecto a la juventud que la define desde la apatía, desafección e indiferencia hacia los asuntos públicos y la sociedad en general.

El presente artículo intenta realizar una revisión, basada en algunos indicadores empíricos y teóricos, de la relación entre los jóvenes y la política, pero desde la nueva perspectiva que supone la manifestación del Movimiento Estudiantil Secundario durante el año 2006. Tal perspectiva implica observar el fenómeno ya no desde el prejuicio que impronta el imaginario social tradicional respecto a la juventud, sino desde preceptos fundados en la participación social, el asociativismo y el capital social. De ello, derivan algunas reflexiones que tienen por objetivo consignar la necesaria reconsideración desde la cual hay que continuar tomando como objeto de estudio a este actor social.

INTRODUCCIÓN

Durante el año pasado, el país fue testigo de un acontecimiento que, sin duda, llevó a muchos de nosotros a reflexionar sobre la coyuntura social y política de nuestro país, particularmente, en consideración a uno de los actores sociales que más rezago había mostrado durante la vuelta a la democracia; a saber, los jóvenes y estudiantes de nuestro país.

En efecto, la situación vivida a propósito de las manifestaciones del Movimiento Estudiantil Secundario nos llevaba a reflexionar y poner en tela de juicio el imaginario típico que se tenía de los jóvenes hasta aquel entonces: el que los definía como un colectivo de individuos pasivos, indiferentes e incapaces de participar de la sociedad en que viven. A partir de lo que fuimos testigos, queda la percepción que, en rigor, los estudiantes no son tan pasivos ni indiferentes frente a las condiciones de su existencia como actores sociales, hecho que lleva a reconsiderar los aspectos que definen el estado en el cual se encuentra la histórica relación entre los jóvenes y la política. En tal sentido, la capacidad que tuvo el Movimiento Estudiantil para alzar sus demandas frente a la opinión pública y poner en jaque a las autoridades gubernamentales.

* Sociólogo, Universidad Central. Investigador del Centro de Estudios y Opinión Pública de la Universidad Central (CESOP-UCEN). Email: salvadormaturana@gmail.com

mentales en pro de la satisfacción de aquellas, fue una verdadera lección de organización que a muchos dejó perplejos. Es, precisamente desde aquel contexto, no por pretérito extemporáneo, que interesa abordar en este artículo lo que, históricamente, se ha tematizado como la relación entre los jóvenes y la política, aprovechando la instancia para reactivar la importancia sociológica de la discusión que durante la existencia de las manifestaciones se volcaba en la opinión pública y política.

Hasta aquel entonces, pareciera ser que la mirada o visión colectiva de los jóvenes respecto a nuestro país, sus necesidades, sus proyectos de realización, forma en que observan, experimentan y –en suma– construyen nuestra sociedad, había perdido relevancia dentro de la agenda de temas públicos de nuestra nación. A juicio de muchos, la causa de esta situación podría deberse, a *grosso modo*, a la existencia de un imaginario social que construía la identidad de los jóvenes desde el desinterés, la indiferencia y la pasividad que exhibían con respecto a los medios y procesos institucionales mediante los cuales se definen las orientaciones globales de la sociedad. El “no estar ni ahí” era la consigna con la que se describía el discurso colectivo de los jóvenes y estudiantes de nuestro país.

Sin embargo, como ya dijimos, lo ocurrido a propósito de Movimiento Estudiantil Secundario obligaba a repensar la situación, pues tal imaginario no era capaz de contener, ni menos aún, explicar lo que estaba ocurriendo con ese grupo de jóvenes estudiantes de educación media que se organizaban en torno a la prosecución de un objetivo común y que con sus manifestaciones eran capaces de instalar sus demandas como ningún otro movimiento social lo hizo desde la vuelta a la democracia.

EL CONTEXTO INSTITUCIONAL DE LA RELACIÓN ENTRE LOS JÓVENES Y LA POLÍTICA

La discusión respecto de las causas que han determinado tal situación ha sido extensa y tiene ya larga data, dándose con mayor auge y profusión a partir de la vuelta a la democracia. En rigor, la pregunta remite a los factores que provocan los crecientes niveles de desafección y desinterés por la política que, sistemáticamente, demuestran los estudios, hecho inquietante si se le considera dentro de un contexto institucional democrático donde se supone hay más y mejores posibilidades de participar del proceso político general.

Desde una perspectiva histórica, algunos autores señalan que parte importante de este fenómeno se debe a los cambios institucional-políticos que ha sufrido nuestra sociedad en la última mitad del siglo pasado. A este respecto, Garretón (2004) sostiene que durante la época del denominado “Estado de Bienestar” la política era el acceso más importante de las grandes masas al Estado, siendo el principal proveedor de bienes, servicios, legalidad y protección para las masas, aun cuando ello se cumpliera en forma inadecuada. Política y Estado eran la fuente de acceso al bienestar material. Incluso, además de fuentes de sentido para la vida social, eran elementos dirigentes de la vida de una sociedad o un país, lo que en el caso chileno se daba en un contexto político democrático. En aquel entonces, el Estado y la política eran los referentes básicos de las identidades y acciones colectivas.

En la misma línea argumentativa, Bustos (1997) señala que la política era la actividad que permitía a la *matriz sociopolítica*¹ desarrollarse y tener la capacidad de resolver las tensiones que de vez en cuando se producían entre los distintos actores sociales, además de definir la conducta, actitudes y

¹ Concepto utilizado por Manuel Antonio Garretón para referirse a la forma de articulación que surgió en Chile y en América Latina entre el Estado, el sistema político y la sociedad civil.

comportamiento de las personas en la sociedad. En efecto, era concebida y percibida como una actividad social que ayudaba a fundamentar la forma en que cada individuo se relacionaba con la realidad. Los jóvenes mantenían una relación estrecha y cotidiana con la actividad política, a través de la cual ellos sentían que contribuían a dar sentido a la acción social colectiva. En otras palabras, la actividad política era concebida un medio efectivo y legítimo para provocar transformaciones en el entorno social y ser un sujeto histórico.

Sin embargo, las transformaciones estructurales realizadas a nuestra institucionalidad durante el gobierno militar –y en especial las derivadas de los cambios ocurridos en el ámbito social a partir de las consecuencias del modelo de desarrollo económico de “libre mercado”– modificaron parcialmente tal matriz sociopolítica. A causa de ello, podría sostenerse que hoy en día la política ya no ejerce la misma influencia ni ocupa el status de privilegio del pasado, en tanto ya no tiene el monopolio de la provisión de medios, bienes y sentido social de antaño. Además, los espacios de socialización política tradicionales también han cambiado, pues la actividad política como eje articulador y dinamizador de las relaciones sociales se ha desplazado hacia otros ámbitos que no obedecen necesariamente a proyectos colectivos predefinidos, ni responden a los intereses y preocupaciones de las personas (Bustos, 1997).

La situación histórica recién descrita ha generado cambios significativos en la cultura política, los que, indudablemente, afectan a la sociedad y sus actores de forma transversal toda vez que la política, además, ha perdido capacidad de atracción hacia los distintos segmentos de la población, indistintamente al rango etario o la clase social a la cual pertenezcan. En efecto, como señala Garretón (2004), la política pareciera no seducir a los jóvenes, pero tampoco a los adultos, situación que se tematiza como una “crisis de la política”, producto de una institucionalidad que no se adapta a las nuevas dinámicas de la sociedad chilena (crisis de representatividad, sistema electoral binominal, conductas políticas irregulares y/o deshonestas, etc.).

LA RELACIÓN ENTRE JÓVENES Y POLÍTICA SEGÚN LOS DATOS

En consideración a lo planteado, no resulta extraño que desde la vuelta a la democracia las cifras de los distintos estudios que se vienen realizando al respecto demuestren un incremento sostenido del desinterés o desafección de los jóvenes con respecto a la política. En concreto, hay ciertos hechos evidentes y comprobados a través de diversos estudios que demuestran un claro detrimento de la relación entre los jóvenes y la actividad política en sus diversas expresiones. A modo de contexto, se hará una breve revisión de algunos datos empíricos relativos a esta problemática.

a) Inscripción electoral juvenil

Uno de los temas con los cuales se ha evaluado tradicionalmente el poco interés de los jóvenes por la política refiere a la inscripción electoral. En efecto, es irrefutable el hecho de que los índices de inscripción electoral juvenil han disminuido de manera sostenida a partir de los años noventa, particularmente, luego del plebiscito de 1988. Según datos del Servicio Electoral de Chile, los jóvenes de entre 18 y 19 años representan el 1% del total de inscritos del país, mientras que los de entre 20 y 24 un 3,4% y los de entre 25 y 29 un 5,2%. Considerando la cantidad de jóvenes inscritos en los registros electorales al 15 de marzo del año 2000, en los diversos subgrupos de edad se observa que el 66,1%

de los inscritos corresponde a jóvenes entre 25 y 29 años, el 28,9% a jóvenes de 20 a 24 años y sólo un 4,9% alude a sujetos de 18 y 19 años (Servicio Electoral de Chile, 2000).

Asimismo, según datos de la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2004), el porcentaje de hombres jóvenes inscritos supera al de las mujeres (29% frente a 25%), mientras que respecto a la localización se observa que en zonas rurales hay un leve predominio de jóvenes inscritos (29% frente a 27% en zonas urbanas). Considerando las diferencias socioeconómicas, en el nivel alto hay una mayor cantidad de inscritos (36,6%) en comparación con el 24% del nivel medio y 24,9% del nivel bajo.

En relación a la evolución del porcentaje de inscripción en los registros electorales para los jóvenes de entre 18 y 29 años, se observa que la cantidad de jóvenes inscritos en el 2003 respecto de 1997 ha disminuido en más de la mitad, pues durante 1997 un 58% de los jóvenes estaba inscrito y al año 2003 aquella cantidad se redujo a un 27% (INJUV, 2004). Sin perjuicio de lo anterior, datos obtenidos de un estudio hecho por el CESOP-UCEN (2004) a los Cuartos medios de la Región Metropolitana, demuestran que sólo un 26% de los jóvenes piensa en la posibilidad de inscribirse, mientras que un 28% asegura que nunca se inscribirá, un 20% por el momento no pensaba inscribirse, un 17% lo estaba pensando y un 8% nunca lo había pensado. Además, este mismo estudio demuestra que, con respecto al tipo de sistema electoral, la mayoría de los alumnos (63%) prefiere la inscripción y votación voluntaria.

Atendiendo al segmento de jóvenes que no se inscriben, la encuesta del INJUV (2004) recaba en las posibles causas de la abstención. En tal sentido, la mayor parte de los jóvenes no inscritos declaran no tener interés por la política (41,5%). Otra parte importante de las explicaciones de los jóvenes tiene que ver con la percepción de políticos desmotivadores (12,6%), la falta de tiempo (11,7%), las dificultades del trámite (10,8%) y la desconfianza en los candidatos (7%). En cuanto a la falta de tiempo, esta razón disminuye a medida que aumenta la edad para ser desplazada en su ubicación por la poca atracción de los políticos. De tal modo, la responsabilidad que se le asigna a los políticos por la baja inscripción tiende a incrementarse con la edad, lo que podría testificar que a medida que los sujetos acumulan tiempo dentro del sistema van perdiendo interés por votar, pues se van percatando de que los actores políticos no cumplen sus expectativas.

La encuesta, también pregunta al segmento de jóvenes inscritos si acaso volverían a inscribirse en los registros electorales, en el caso hipotético de que se les diera nuevamente la oportunidad de hacerlo. Al respecto, menos de la mitad de ellos renovarían la inscripción (47,6%), básicamente en razón de que el voto es considerado por ellos una forma de expresar su opinión, la posibilidad de elegir representantes y, además, hablar fundadamente sobre temas de política. Sin embargo, de quienes no renovarían su inscripción, cabe destacar que la mitad no lo haría porque se declara desinteresado en la política o se ha sentido decepcionado por la oferta política (36%). En tal grupo, priman los criterios de desilusión (15,9%), desmotivación (11%) y desconfianza (9,5%) en los políticos.

Para finalizar, cabe señalar que los datos expuestos a propósito de la inscripción electoral indican que hay una cantidad significativa de jóvenes que tuvo algún interés en la política al momento de registrarse para votar, pero este se fue perdiendo con el transcurso del tiempo. La relevancia de tal dato radica en que demuestra un desencanto con la oferta política más que un desinterés en los asuntos públicos.

b) Percepción y valoración de la democracia

Según la encuesta del INJUV (2004), aproximadamente, un 75% de los jóvenes considera que la democracia "les sirve". Al respecto, una de las principales diferencias se aprecia en la dimensión gene-



racional, pues los menores de 25 años reflejan mayor confianza en la utilidad de la democracia. Además, el status socioeconómico es una variable que también genera diferencias, ya que mientras en el estrato alto un 86% de los jóvenes considera que la democracia “les sirve”, esa misma apreciación disminuye a un 70% en el estrato bajo. Este es un dato que podría explicarse en razón de que la democracia se evaluaría desde una perspectiva de realización económica, en tanto posibilidades de inclusión que esta ofrece. En tal sentido, es lógico suponer que quienes tienen mejores y mayores probabilidades de integrarse económicamente (en este caso, los individuos de estrato socioeconómico alto) evalúan de modo más optimista el sistema, pues ellos han podido gozar de los beneficios que aquél otorga en mayor medida que quienes pertenecen a los segmentos más excluidos de la sociedad (en este caso, los individuos de estrato socioeconómico bajo). De lo anterior, podría decirse que el referente según el cual se valora la democracia está determinado, en parte, por un proceso evaluativo respecto de la situación de desigualdad social que genera el sistema, por lo que cualquier perjuicio que experimente el individuo en el ámbito de su inclusión y/o integración como actor social tendrá como respuesta un juicio valorativo negativo hacia el sistema sociopolítico del cual es parte.

En términos generales, la gran mayoría de los jóvenes considera que la sociedad chilena es democrática (94%). No obstante, más de la mitad de estos (55%) afirma que la democracia requiere perfeccionamiento, grupo que corresponde mayoritariamente a jóvenes urbanos de estratos medios y altos. En cuanto a las carencias de la democracia, la crítica se inclina hacia el problema de la inequidad, por cuanto un 48% de los encuestados apela a la falta de oportunidades y un 36% a la desigualdad social. Lo anterior evidencia un hecho interesante, toda vez que al provenir la crítica desde los sectores socialmente más integrados, estaríamos frente a un grupo de jóvenes que en su discurso apela a una sensibilidad social que genera una visión altruista y reflexiva respecto de la sociedad que debiese construir.

c) Afiliación política e identificación partidista

Según datos del INJUV (2004), la identificación de los jóvenes con alguno de los conglomerados políticos tradicionales de nuestro país ha decaído con el pasar del tiempo. De hecho, aquellos que no reconocen identificación con algún conglomerado político tradicional pasan de 32% en 1994 a un 74% en 2003.

Los jóvenes tampoco muestran mayor identificación con los partidos políticos (85%). En todo caso, entre los que sí declaran adhesión política, predomina la identificación con la Concertación (6,8%), siguiéndole la Alianza (4,8%) y el partido comunista (2,7%). Aquí, es interesante observar que la identificación política responde principalmente a una orientación que podría calificarse como reflexiva; es decir, por “las ideas” (23%) o “valores e ideales” (22%), lo cual corresponde al perfil del ciudadano preocupado por los asuntos públicos. Otros valoran la capacidad de liderazgo institucional o personal (11% cada uno). En los restantes (33%), la adhesión es menos reflexiva y remite a la influencia familiar (12%), la confianza (7%), el conocimiento directo (5%) y otros factores (9%).

Por último, con respecto a las formulaciones que definen la adhesión política, la encuesta muestra claras diferencias entre la Concertación y la Alianza, dentro de proposiciones similares. En la Alianza prefieren las “ideas” y en la Concertación los “ideales”, a la vez que los primeros valoran la capacidad para dirigir el país y los de la Concertación el hecho de que “ya los conocen”.

d) Confianza en las Instituciones

Otro aspecto desde el cual se trata de apreciar la percepción de los jóvenes acerca de la política y la sociedad en general, remite al nivel de confianza que tienen en las diversas instituciones que la componen.

Según datos del INJUV (2004), la familia es la institución social que concita más confianza entre los jóvenes (97%). Le siguen los servicios públicos Educativos (Universidades y escuelas o liceos con 81% y 80%, respectivamente), los de Salud (hospitales, postas y consultorios con un 64%), los de Seguridad (Carabineros con un 57%) y la Iglesia Católica (53%).

La percepción positiva de los jóvenes con respecto a los servicios públicos cambia al referirse a las instituciones políticas representativas del gobierno y las judiciales. En efecto, las cinco instituciones de este tipo que se incorporaron en la encuesta ocupan los niveles más bajos de confianza entre los jóvenes. Los datos muestran que la instancia que mayor confianza inspira es la Municipalidad (41%), siguiéndole el Gobierno (33,7%), el Sistema Judicial (20%) y el Congreso (18,4%). Finalmente, sólo un 9% de los jóvenes dice confiar en los partidos Políticos, siendo la institución que menos confianza concita. En similar perspectiva, según datos del estudio de CESOP-UCEN (2004), en los alumnos de cuarto medio de la Región Metropolitana, las instituciones que menos confianza generan son el Congreso, los Tribunales y los partidos políticos.

En cuanto a la confianza que tienen los jóvenes hacia los representantes de las instituciones, se observa que los niveles tienden a coincidir entre instituciones y personas, con la excepción de los profesionales de la salud y el Presidente, cuyas evaluaciones son un poco mejores que las del Sistema de Salud y el Gobierno, respectivamente. Como es de esperarse, los personeros políticos son los que menos confianza inspiran, pues los Senadores y Diputados aparecen con un 12,4% y los Políticos con un 7,7%. Asimismo, para los alumnos de cuarto medio de la Región Metropolitana, el grupo que influye de forma más negativa en el país son los políticos (CESOP-UCEN, 2004).

Como vemos, la percepción negativa del sistema político se agudiza en modo particular respecto de la actividad partidista. En efecto, según Thezá (2003), la mayoría de los jóvenes coincide en que los partidos políticos no representan los intereses e inquietudes de los jóvenes, ni tampoco se preocupan por ellos. Esta situación también la demuestran los datos, pues la gran mayoría de los jóvenes (78%) considera que los políticos no representan sus inquietudes (INJUV (2004).

Frente a este panorama de desconfianza, ausencia de motivación y nula sensación de representatividad es coherente la constatación de que la militancia en los partidos políticos sea numéricamente insignificante.

e) Participación social y asociatividad

Según datos del INJUV (2004), el vínculo social fundamental que caracteriza la cultura juvenil es la asociatividad referida a las redes de amistad. En general, todos los jóvenes tienden a desarrollar relaciones sociales con algún grupo de amigos (76%).

En cuanto a los jóvenes que participan en organizaciones (47%), se observa que la mayoría lo hace en clubes deportivos (20%) y en grupos religiosos (14%). Inversamente, las organizaciones en las que menos se participa son los centros de alumnos (2,6%), los scouts (menos del 1%) y los partidos políticos, estos últimos con un porcentaje de participación muy marginal. En todo caso, la encuesta registra el auge de nuevos tipos de organización como las comunidades virtuales, los grupos de hob-

bies y los grupos de voluntariado, todos ellos con mayor incidencia en los grupos socioeconómicos altos y los menores de 20 años.

En cuanto a los alumnos de cuarto medio, acorde a los datos del CESOP-UCEN (2004), un 49% de aquellos manifiesta participar en algún tipo de organización, de los cuales un 56% son hombres y un 42% mujeres. La mayor parte de los alumnos que participan en organizaciones lo hacen en clubes deportivos (20%), grupos de iglesia (17%), organizaciones cristianas (16%) y grupos artísticos (11%). A su vez, las organizaciones en las que menos se participa son los clubes sociales (3,7%), los scouts (3,3%) y los partidos políticos (1,4%).

Ahora bien, según el INJUV (2004), existe una proporción de jóvenes que, si bien no participan en organizaciones, sí manifiestan cierto interés en participar. La iniciativa frente a la cual los jóvenes manifiestan mayor interés por participar son los grupos de voluntariado (35,4%), especialmente las mujeres (41,3%), los menores de 20 años (38,5%) y los jóvenes de menores recursos (39,2%). Los grupos culturales constituyen otro tipo de instancia de participación que despierta el interés de una cantidad importante de jóvenes (30,5%).

En general, quienes mayor interés muestran en unirse a organizaciones son los jóvenes menores de 20 años y los de menores recursos. A ambos les interesan los clubes deportivos, los grupos de voluntariado, los scouts y las comunidades virtuales. Los más jóvenes se interesan también en centros de alumnos y grupos de juego, a la vez que los jóvenes de menores recursos se interesan por los grupos religiosos y culturales. De tal modo, hay un amplio rango de organizaciones en las cuales quisieran integrarse jóvenes que, actualmente, no participan, situación que se condice con el hecho de que no más del 10% de los jóvenes plantean no querer participar de alguna instancia asociativa.

PERSPECTIVAS DE DISCUSIÓN RESPECTO DE LA RELACIÓN ENTRE JÓVENES Y POLÍTICA

Luego de la breve revisión que se ha hecho a algunos antecedentes empíricos sobre la participación social y política de los jóvenes es pertinente reflexionar y discutir la forma en que se interpretan aquellos datos.

En el contexto de los diversos estudios y análisis que se han hecho sobre la temática de la desafección política de los jóvenes, uno de los alcances de mayor consenso entre los expertos remite a la cautela con la que se debe interpretar esta situación. Al respecto, Garretón y Sepúlveda (1999) sostienen que la explicación de la situación, desde una perspectiva macrosocial, se debe a tres factores: los cambios producidos a nivel societal general, los cambios en la concepción de la política como actividad social y el cambio en el paradigma desde el cual se construye la identidad juvenil actualmente.

Los cambios a nivel societal refieren, fundamentalmente, a la individualización de la sociedad producto de la inserción de esta en el proceso de globalización y la autonomización de los subsistemas que la componen (económico, político, social y cultural). En efecto, se produce una expansión de la subjetividad como principio y referente de la vida social, adquiriendo la búsqueda de sentido y de felicidad individual como carácter predominante. Por otro lado, pierden hegemonía las cosmovisiones ideológicas que unían proyectos individuales y grupales con el destino colectivo de la sociedad. Estas pierden su carácter totalizante y pasan a ser principios tentativos y parciales para manejarse en medio

del cambio y buscar nuevas formas autodefinidas de vida social, determinadas en razón del proyecto de realización propio.

En cuanto a los cambios en la concepción de la política, el asunto tiene relación con la pérdida de centralidad de esta como medio para la realización de los actores sociales, en tanto sujetos históricos. La actividad política deja de ser concebida como un medio efectivo para la transformación del entorno social, quedando más bien relegada a un tipo de acción tecnicada que forma parte de uno de los tantos subsistemas funcionales de la sociedad (en este caso, el político). La política abandona, parcialmente, el sustrato de orden filosófico e ideológico que tradicionalmente ha orientado y otorgado sentido a la acción social colectiva, tecnicándose y girando en torno a sí misma, convirtiéndose en algo lejano, abstracto y de menor importancia para la gente en relación a sus proyectos de realización personal. La política deja de tener un lugar de privilegio en la provisión de estructuras de sentido de vida para los sujetos, obviándose el carácter pragmático que esta tiene como medio de transformación del entorno social.

Por último, el cambio de paradigma desde el cual se construye la identidad de los jóvenes remite a una situación histórica. Como se sabe, en los años '60 y comienzos de los '70, a la juventud y los estudiantes se les daba protagonismo en el cambio y construcción de la sociedad. En aquel entonces, la juventud se identificaba como un grupo que emprendía acción social colectiva en pro de la consecución de un conjunto de objetivos compartidos y sustentados en una ideología comprometida con un proyecto social. Sin embargo, aquello cambió y los jóvenes de ahora construyen su identidad desde la diversidad y heterogeneidad. En tal sentido, la imagen de juventud se construye sobre la base de distintos principios constitutivos, no existiendo una sola referencia o principio colectivo que permita hablar de la actual generación. Así, en el contexto de los '90, no podemos hablar de juventud, sino de juventudes, donde ya no existe un paradigma único que la constituya como generación y donde el eje socio-político no es el que lo define todo.

Siguiendo con el análisis de los factores que provocan la distancia entre jóvenes y política, también hay opiniones que emanan desde una perspectiva microsocia que enfatiza en los hechos particulares que conforman este escenario, algunos sistematizados a través de la evidencia empírica muestran ciertos estudios realizados en la temática.

Desde aquel punto de vista, Garretón (2005) sostiene, refiriéndose al fenómeno de los bajos índices de inscripción electoral de los últimos años, que la existencia de una distancia, malestar o desinterés con respecto a la política es un hecho que no se deduce en absoluto de la no inscripción, pues si la gente se inscribiera, automáticamente, se habría eliminado un supuesto indicador de desinterés que, en rigor, subsistiría. En efecto, el problema de la no inscripción se resuelve con la inscripción automática y el voto obligatorio, como ocurre en la mayoría de los países democráticos. Sin embargo, no puede pretenderse que por el hecho de que los jóvenes voten por obligatoriedad cambie su subjetividad respecto de la distancia y crítica a la política (Garretón y Sepúlveda, 1999). Así, sería un acto que pecaría de simplismo el inferir que los jóvenes carecen de algún tipo de postura política, rechazando la posibilidad de elegir a sus representantes políticos y participar en la toma de decisiones colectivas por desinterés o ignorancia.

Según Bustos (1997), la situación de distanciamiento entre los jóvenes y la política puede explicarse en razón de cuatro factores, de los cuales dos tienen particular importancia. Ante todo, existe una franca desconfianza hacia los partidos políticos y sus representantes. La desconfianza se produce, principalmente, por la ausencia de correspondencia entre intereses partidistas e intereses juveniles, puesto que el discurso de los partidos no incorpora debidamente las demandas, necesidades e inter-



eses heterogéneos existentes en el mundo de los jóvenes. Por el contrario, la preeminencia de una cultura partidista anquilosada, por un lado, y las restricciones institucionales que limitan el ejercicio de la democracia, por otro, hacen que los partidos tiendan a descuidar su vinculación y relación con los jóvenes y sus demandas.

Asimismo, el otro factor que explicaría la incompatibilidad entre los jóvenes y la política sería la exigencia de institucionalización de las organizaciones sociales juveniles. A diferencia de décadas anteriores, hoy en día los jóvenes han desarrollado nuevas formas de agrupamiento y asociatividad en las cuales el tema de los liderazgos, las normas, los procedimientos y los discursos son más dinámicos y/o flexibles. La sociedad, sin embargo, les exige que se institucionalicen para así reconocerlas, aceptarlas y favorecer su participación, hecho que a veces no hace más que entrapar las iniciativas juveniles que emanan desde una perspectiva mucho más pragmática y menos ritualista de la acción social colectiva.

Estas, entre otras, han sido algunas hipótesis explicativas respecto del fenómeno de la desafección política de los jóvenes chilenos. Lo cierto es que, más allá de las explicaciones y análisis expertos, e incluso desde una perspectiva de sentido común fundada, se observa un claro distanciamiento entre los jóvenes y la práctica política. De hecho, el fundamento de la crítica de los jóvenes hacia la política tiene relación específica con el desempeño y consecuencias del actuar político, toda vez que el factor de incompatibilidad radica, principalmente, en la percepción de que los actores políticos –esto es, los partidos y sus personeros– no han estado a la altura de las expectativas que de ellos tiene la sociedad civil. Por lo mismo, ya se ha mencionado que, si bien el grupo de los jóvenes muestra con mayor evidencia su desinterés por la política, este es un fenómeno transversal a la sociedad actual, en tanto los actores políticos tampoco seducen ni inspiran suficiente confianza en la población.

Al parecer, el cuestionamiento es a los elementos que configuran las instancias de representatividad política actuales. En rigor, los jóvenes no cuestionan el Estado, ni el sistema económico, ni tampoco buscan alternativas anárquicas ni mucho menos; sólo están manifestando su disconformidad con la manera en que actualmente se hace la política. Además, a eso debemos agregar algunas prácticas y hechos puntuales de ciertos personeros y colectividades políticas que, poco a poco, han ido corroyendo la base desde la cual se legitima y observa confiadamente el actuar político. El imaginario social, respecto de los políticos, pudiese estarse construyendo sobre la base de percepciones ligadas a la búsqueda del poder, la satisfacción de intereses particulares y la poca eficiencia gestora, entre otros; hechos que no hacen más que empeorar la imagen que se tiene de ellos ante la opinión pública.

RECONSIDERACIONES EN TORNO A LA RELACIÓN ENTRE LOS JÓVENES Y LA POLÍTICA A LA LUZ DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL SECUNDARIO

Al inicio del presente artículo consignamos que el móvil de la realización de este refería a lo acontecido hace ya casi un año, a propósito de la manifestación social del Movimiento Estudiantil Secundario. A partir de ello, el propósito era analizar tal suceso histórico desde la perspectiva de la que esto tiene en la construcción del imaginario social sobre el cual se define la noción de juventud.

Luego de ser testigos de tal suceso, surgía la interrogante respecto a qué tipo de juventud estaba representada en tal manifestación. A ese respecto, ¿qué parte de las estadísticas hasta ahora recopiladas representaba a este grupo de jóvenes?, ¿estaban realmente los jóvenes desinteresados en la so-

ciudad y, particularmente, de la realidad que viven?, ¿eran esos los jóvenes indiferentes a la sociedad en que viven?, ¿estaban estos jóvenes desinteresados en modificar las condiciones en las cuales han de vivir?, ¿eran estos los jóvenes que típicamente se calificaba de ignorantes, apáticos e incluso anómicos?, ¿son estos los jóvenes que se caracterizan por ser apolíticos e, incluso, incapaces de coordinar sus acciones en pro de un objetivo común? Yendo un poco más allá, ¿estábamos ante el surgimiento de una generación distinta de jóvenes a las de las últimas dos décadas?

Al parecer, la forma en que se suele interpretar los datos no se condice precisamente con este grupo de jóvenes que sorprendía al país con la capacidad de interpelación que logró conseguir. Es evidente, como ya se mencionó, que el mito desde el cual se ha creado el imaginario social que ha definido a los jóvenes como un grupo apático, anómico y desinteresado por los asuntos públicos, tiene sustrato en prejuicios o interpretaciones que tienden a inducir apreciaciones erróneas.

En tal sentido, entre otros, el fenómeno de la baja inscripción electoral ha sido uno de los pivotes argumentativos principales de la caracterización crítica que se ha hecho de la juventud. Sin embargo, como ya se dijo, es un error correlacionar desinterés por la sociedad con el hecho de no inscribirse en los registros electorales. En palabras simples, el no inscribirse no significa necesariamente mostrar desinterés por la sociedad, pues esto –y los datos así lo demuestran– es más bien un síntoma de crítica a la oferta política y sus personeros. De hecho, la poca confianza y la escasa representación que sienten los jóvenes en la figura de los políticos son hechos demostrados ampliamente por el acervo de estudios sobre juventud realizados hasta ahora. El asunto, como ya se ha expresado, alude más a un desencanto con la oferta política existente que a un desinterés en los asuntos públicos del país.

Ciertamente, el Movimiento Estudiantil Secundario fue una muestra de participación colectiva y asociativismo entre individuos. Desde esa perspectiva, la tesis de que los jóvenes son un grupo apático y desinteresado por los asuntos públicos perdía sustento ante tal evidencia. En efecto, luego de más de dos décadas de implementación y mantención de un sistema educacional claramente deficiente fueron el primer grupo de estudiantes organizado que logró apelar de modo efectivo al nivel institucional de nuestra sociedad, logrando hacer visibles sus críticas al actual sistema.

Así, podría pensarse que la lejanía observada entre los jóvenes y la política luego del retorno al sistema democrático, remite a una serie de falencias propias del sistema político ya que –tal como señala Garretón–, hay un problema en la institucionalidad de este y la forma en que se acopla con los demás subsistemas y la sociedad en general. Además, dado el contexto de transformaciones que ha sufrido nuestra sociedad luego de su incorporación a las dinámicas de desarrollo modernas y posmodernas, es relativamente normal que la política pierda importancia en la vida de los individuos. En otras palabras, la sociedad en general, el sistema político institucional y la subjetividad de los individuos, particularmente en el caso de los jóvenes, ya no son lo mismo de antes. La política ya no es la actividad social exclusiva en torno a la cual se construye y desarrolla la identidad de los jóvenes, menos aún en una sociedad cada vez más diversa y compleja que desarrolla dinámicas y procesos sociales que han ido configurando un tipo de sujeto social que progresivamente reclama su derecho a ser diferente y ser respetado en esa diferencia (Bustos, 1997). Actualmente, el escenario en el cual hay que interpretar la evidencia es otro ya que –como señala Tamayo (2004)–, tanto las juventudes, como los modelos de adultez se constituyen identitariamente en una lucha entre hegemonías y resistencias de carácter económico, político y social, dando ello lugar a múltiples proyecciones de futuro social deseado.

De tal modo, el problema se ha debido siempre a la incompatibilidad evidente entre una parte significativa del sistema político (particularmente sus representantes) y la realidad de los jóvenes chilenos, sobre todo desde el punto de vista de la conformación de sus identidades. Las transformaciones de nuestra sociedad han impulsado el surgimiento de una nueva cultura juvenil, a la cual los actores políticos no se han adaptado o, simplemente, no perciben. En tal sentido, la poca incorporación de temáticas juveniles en el discurso político (como las libertades culturales) es un ejemplo de ello. Además, esta situación debilita la legitimidad de la política y obstruye el surgimiento de una ciudadanía juvenil que pueda fortalecer al sistema democrático.

Como decíamos, el nivel de organización y asociativismo demostrado por los jóvenes secundarios no hacía más que corroborar una hipótesis que hasta aquel entonces carecía de evidencia empírica eficiente para su sustento, pues el problema, al parecer, no pasaba por la inexistencia de un capital social juvenil suficiente como para concebir la posibilidad de que los jóvenes puedan actuar colectivamente en pro de objetivos sociales compartidos. Por el contrario, para ellos, la política se sitúa en ámbitos mucho más amplios y diversos que los que proveen los partidos políticos, hecho que tiene como consecuencia lógica el cuestionamiento de estos como instancia representativa de los intereses de los distintos actores sociales, más aún si son incapaces de adaptar las dinámicas y estrategias respecto a las que emprenden su quehacer.

Como lo demuestran las cifras, las instancias de organización extra-institucional no son pocas y existe un interés claro de los jóvenes por participar en ellas. De hecho, quienes se eximirían de participar en ellas son una minoría y, además, hay una vocación social altruista en la motivación a tal participación, al punto que se habla del ejercicio de un nuevo tipo de ciudadanía que se aleja de los conductos a través de los cuales se lleva a cabo y se le concibe tradicionalmente (participación en las urnas, afiliación partidista, proselitismo político formal, etc.).

En cierta medida, la profecía de que los jóvenes eran un grupo que en algún momento ejercería ese nuevo tipo de ciudadanía, tal como lo venía señalando la gran mayoría de los expertos en la temática, se estaba cumpliendo a la luz de lo acaecido en ese momento histórico: cuando los “pingüinos” se tomaban las escuelas y calles de Santiago lograban que el país pusiera toda su atención en sus demandas, denunciaban las imperfecciones de un sistema educacional obsoleto y conminaban al Gobierno a satisfacer sus petitorios. Estábamos, en aquel momento, ante un Movimiento Estudiantil que, como observadores, nos ponía en una situación bastante interesante de analizar por su particularidad histórica.

En efecto, un breve análisis permitía poner en debate la reconsideración que suponía lo acaecido con el Movimiento Estudiantil Secundario en cuanto al tema de la relación histórica entre los jóvenes y la política, particularmente, desde la perspectiva de la capacidad de asociativismo y capital social. Evidentemente, estábamos ante un grupo de individuos que demostraba una capacidad de asociación inusitada hasta aquel entonces, mediante una explotación racional de las redes de apoyo en el nivel de los Centros de Alumnos de los distintos colegios emblemáticos del país, como directores del movimiento en su planteamiento frente al Gobierno y la Opinión Pública, así como también de las redes sociales a nivel más general e informal en el alumnado.

Durante el Movimiento, pudimos observar fenómenos de surgimiento de liderazgo de distinto tipo, todos orientando la dirección de las acciones colectivas. Liderazgos de tipo carismático y racional se complementaron, sobre todo en los primeros momentos, como ejes de la definición, sustento y evolu-

ción de las acciones emprendidas por el Movimiento. Además, fuimos también testigos de la capacidad de gestión del alumnado a la hora de sustentar el mantenimiento del orden interno, mediante la regulación y el abastecimiento (aplicación racional de gestión descentralizada) durante las denominadas “tomas”, instrumento a través del cual el alumnado ejercía eficazmente acciones de presión al Gobierno.

Parte significativa de la opinión pública del país se hizo parte de un sentimiento de empatía hacia las acciones del Movimiento y sus demandas. El común denominador del chileno veía cómo los estudiantes, esos que aún no tienen facultad legal para ejercer el voto, daban un ejemplo de ejercicio de ciudadanía digno de alabanza. Los adultos sentían que los jóvenes les daban una lección de cómo hacer ver lo que, a juicio de muchos, es injusticia social; de cómo se debe actuar cuando se quiere provocar un cambio en pro de la equidad social e interpelar a quien observan como responsable de su inexistencia.

Con todo, y como era de esperarse, los jóvenes estudiantes lograron interpelar al Gobierno, quien tuvo que hacerse cargo de parte importante de sus demandas en la “agenda corta”. En efecto, variadas medidas se tomaron en ese momento para aplacar el ímpetu demandante de los jóvenes y responder a sus peticiones, entre ellas, la instauración de una Comisión de Reforma a la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE). Del petitorio, la reforma a la LOCE era la demanda principal, así como también la temática desde la cual se constituía el principio y razón de ser del Movimiento. En todo caso, ellos no sólo pedían que el Congreso, a puertas cerradas, aprobara la reforma a la LOCE, pues no querían hacer la petición para luego ser meros espectadores de la resolución de aquélla: la demanda de fondo era participar en la discusión y establecimiento de los criterios de reformulación de la LOCE.

Los jóvenes tenían un diagnóstico claro respecto del déficit que, para ellos, ha padecido el proceso de diseño de políticas públicas y esta vez no querían que para el caso de la reforma a la LOCE se confirmara la tendencia. En efecto, los jóvenes, como destinatarios de la política pública, abogaban por su derecho a ser considerados en el diseño de la nueva ley. Para ellos era imprescindible ser parte de la discusión y aportar ideas desde la vivencia y diagnóstico que les era posible hacer, toda vez que han sido ellos quienes han experimentado los vicios del sistema.

En todo caso, luego de conformar la correspondiente Comisión de Reforma –por cierto, los jóvenes lograron obtener algunas plazas de presencia en la discusión–, el proyecto de Ley se fue configurando a partir de los intereses en juego, entre ellos el del Movimiento Secundario, a nivel institucional. Además, entraron en escena los partidos políticos y los equipos técnicos pertinentes a la temática de la Educación, conformándose poco a poco una situación que en las últimas décadas se ha visto como una tónica dentro del escenario de discusión de políticas públicas: la preeminencia de la opinión tecnócrata-política antes que la de la sociedad civil. La discusión desde la cual se iría definiendo el corpus de la nueva Ley era un diálogo que poco a poco fue monopolizado por los partidos políticos.

Señalar la pertinencia o impertinencia, ventaja o desventaja, incluso el error o desacierto de que la dinámica resolutoria del principio de existencia del Movimiento Secundario (esto es, la reforma al Sistema Educativo a través del nuevo proyecto de Ley) se jugara, finalmente, en un orden parlamentario monopolizado por el discurso de los partidos políticos, no es objeto de la discusión del presente ensayo. Sin embargo, lo cierto es que, paulatinamente, se fue diluyendo la postura del Movimiento dentro del diálogo y, por cierto, aquella se fue mimetizando con el amplio y ya reconocido espectro de argumentos y planteamientos de los actores políticos dentro de las discusiones de este tipo (algunas de

carácter evidentemente más ideológico que técnico). El fantasma del sino trágico de la planificación de las políticas públicas, esto es, la observancia insuficiente a las necesidades, planteamientos y expectativas de sus destinatarios finales, se comenzaba a vislumbrar en la forma de una discusión que, en ciertos aspectos, no se constituía desde los planteamientos que otrora alzaron y llevaron al Movimiento Secundario a interpelar al Gobierno de forma exitosa y nunca antes vista en el último tiempo.

¿LA PROMESA DE UN NUEVO TIPO DE JUVENTUD O LA CONFIRMACIÓN DEL PREJUICIO?

Sin duda, el fenómeno de la relación entre los jóvenes y la política contiene muchas aristas y por ello es complejo emprender el camino de las explicaciones al respecto. De la revisión a la temática y consideraciones que hemos hecho aquí, probablemente, han quedado fuera algunas variables que escapan a las posibilidades de un artículo.

El objetivo de este breve análisis no es más que poner en debate la reconsideración que supone lo acaecido con el Movimiento Estudiantil Secundario en cuanto al tema de la relación histórica entre los jóvenes y la política, particularmente, desde la perspectiva de la capacidad de asociativismo y el capital social. Quizás, hasta podría pensarse que esta nueva generación es el comienzo de una paulatina renovación de las formas de hacer política, pues una de las formas más lógicas de generar un cambio en la relación entre dos entidades implica que alguna de ellas modifique su pauta de interacción para así gatillar la concomitante readaptación de la otra. Precisamente es eso lo que han hecho los jóvenes al cambiar la pauta de demanda política de satisfacción de necesidades hacia el gobierno en relación al sistema educacional y sus falencias. Sin embargo, no hay que confiar demasiado en tal razonamiento lógico, pues aquí no estamos observando una relación entre dos objetos físicos que responde invariablemente a reglas de causalidad elemental. En efecto, estamos frente a actores sociales que fundan su existencia como tales en acciones por antonomasia contingentes. De ese modo, no podemos descartar que las cosas sigan igual y uno de los actores, en este caso los políticos, se niegue conscientemente a responder al estímulo y prefiera mantener la pauta. La discusión y la forma en que se llevo a cabo la configuración del proyecto de reforma, en ciertos aspectos, podría demostrar y rectificar esto último, dirían algunos.

Otros, más audaces, podrían decir que esta generación de jóvenes demostró una capacidad organizativa y política inusitada, que no hace más que evidenciar una riqueza considerable en términos de un capital social que, hasta ahora, no ha sido aprovechado. De ese modo, tenemos un segmento de la población al cual los actores políticos deberían considerar desde una perspectiva que los observe como eventual principio de mejoramiento y potenciamiento de la matriz sociopolítica, orientando parte importante de sus proyectos y programas de gobierno a la satisfacción de necesidades y expectativas propias de este segmento.

También, podría decirse que toda esta situación no fue más que un hecho histórico que prevalecerá en la memoria colectiva más por su forma que su contenido y es ello lo que precisamente invalidaría la asociación que podría hacerse entre la manifestación política del Movimiento (interpelación pública al Gobierno sobre la base del planteamiento y demanda de objetivos comunes) y la aparición de una nueva cultura juvenil. Esto, tendría sustento en la tesis de que la participación del joven común y corriente se da

más bien en la forma del Movimiento (manifestaciones públicas con carácter de protesta y paros de actividad) que en el contenido, puesto que este último sería mérito de una elite de jóvenes (no representativos del típico joven) que fueron capaces de movilizar a las masa en pro de un objetivo específico.

Finalmente, algunos podrían aducir que este acontecimiento obedece meramente a la casuística. En tal sentido, la explicación de lo acontecido radicaría en una coyuntura social muy particular referida, básicamente, a la sistemática no resolución de un problema de demanda histórica por parte del estudiantado, en un contexto de percepción generalizada de bonanza o auge económico (precio del cobre en su máximo histórico) y bajo un Gobierno de vocación eminentemente social que inspira contención emocional (presidente mujer y socialista) y genera altas expectativas de asistencia social en las personas (satisfacción de sus necesidades tematizados como derechos sociales). Así, la generación de altas expectativas y al mismo tiempo un cierto sentimiento de privación relativa fue la conjunción que habría provocado que los jóvenes estimaran este como el momento idóneo para manifestar sus demandas.

En todo caso, más allá de las apreciaciones particulares, lo importante es que lo acontecido demostró, fehacientemente, una capacidad de organización y asociativismo inusitada hasta aquel entonces (y menos aún esperada de un grupo como los jóvenes), que adquiere relevancia en el contexto del análisis sociológico y político de este segmento de la población, toda vez que motiva nuevas formas de considerar y/u observar el fenómeno de interacción entre este y la sociedad. En tal sentido, el acontecimiento histórico que significó la manifestación del Movimiento Estudiantil Secundario ha de entregar nuevos lineamientos en cuanto a la consideración que ha hecho el Gobierno respecto de los jóvenes, en tanto objeto de políticas públicas de participación ciudadana.

Los jóvenes y, particularmente, los estudiantes secundarios demostraron al país que no son un grupo de individuos desinteresados por la sociedad en que viven. Por el contrario, se mostraron como un grupo con capacidad de organización, liderazgo e interpelación que, prácticamente, nadie suponía en ellos, además de un sentido de articulación discursiva colectiva con carácter crítico respecto de las condiciones sociales en que experimentan su diario vivir. En los jóvenes de hoy existe un potencial de capital social que hay que aprovechar desde ya y en adelante, pues no hay que olvidar que el correcto uso del capital es una inversión que genera rentabilidad a futuro. Sería interesante hacer un seguimiento a esta generación y ver cómo el hecho histórico que protagonizó genera consecuencias a mediano y largo plazo en el plano de la participación ciudadana en los asuntos públicos y la política en general. Quizás, la latencia del Movimiento Secundario durante este año entrega evidencia que tiende a corroborar el prejuicio de la desafección política de los jóvenes. Sin embargo, no debemos olvidar que los movimientos sociales permanecen en estados de latencia prolongados por la inexistencia o disolución del principio de oposición que los genera. Habrá que ver de qué manera la reforma al sistema educacional se hace cargo de tal principio de oposición.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bustos, P. (1997). Jóvenes: Reflexiones en torno al tema de la participación y la política. En *(Pre)textos y (con)textos del derecho de ser jóvenes*. (pp. 127-152). Viña del Mar: CIDPA.
- CESOP-UCEN (2004). *Chile presente y futuro: la visión de los jóvenes*. Santiago, [s.n].
- Garretón, M. A. (2004). *La calidad de la política en Chile*. (Nº 5). Santiago: Colección Ideas.
- Garretón M. A. & Sepúlveda T. (1999). *Política y jóvenes en Chile: una reformulación*. Santiago: Fundación Friederich Ebert y Participa.
- INJUV (2004). *La integración social de los jóvenes en Chile 1994-2003. Individualización y estilos de vida de los jóvenes en la sociedad del riesgo*. Santiago: MIDEPLAN.
- Registro Electoral de Chile (2000). *Cantidades de inscripciones vigentes por grupos etéreos en cada región y en el total país*. Santiago: Registro Electoral de Chile.
- Servicio Electoral de Chile. *Estadísticas Generales 2005*. Recuperado el 15 de Junio de 2007, del Sitio Web del Servicio Electoral de Chile: <http://www.servel.cl/servel/index.aspx?channel=262>
- Tamayo V. (2004). Imágenes y estudios cuantitativos en la construcción social de “la juventud” chilena. Un acercamiento histórico (2003-1967). *Revista Última Década: Construcción de las Juventudes. Juventudes y Territorios*. 1, (20).
- Thezá, M. (2003). Apuntes para una resignificación de la participación política de los jóvenes a partir del eje igualdad-desigualdad. *Revista Última Década: Ciudadanías Juveniles. Notas de Investigación*. 1, (19).